

Introducción

«Si Dios tiene que romperte una pierna, por lo menos te enseñará a cojear», se dice en África. Este libro es mi pobre cojera, un relato modesto que no puede contar todas las historias que merecen ser contadas. He visto y oído muchas cosas en Darfur que me han partido el corazón. Os cuento estas historias porque sé que la mayoría de personas quieren que los demás tengan una buena vida y que, cuando comprendan la situación, harán todo lo que puedan para encauzar al mundo de nuevo hacia la bondad. Creo que es entonces cuando los seres humanos son más admirables.

Si localizáis Egipto en el mapa y, desde allí, seguís hacia abajo encontraréis Sudán. La zona occidental de este país se llama Darfur, y su extensión es más o menos la de Francia o Texas. En su mayor parte, Darfur es llano; tiene unas cuantas montañas, pero muchas llanuras interminables con árboles pequeños, arbustos espinosos y cauces de río de lecho arenoso.

En Darfur es donde yo vivía, con mi familia, hasta que atacaron nuestra aldea. Nuestra etnia es la zaghawa. Somos tribus tradicionales de pastores que viven en poblados permanentes; nuestras cabañas de paja son redondas y muy grandes y tienen tejados en punta que huelen muy bien cuando llueve. Mi infancia estuvo llena de aventuras felices como, espero, también lo estuvo la tuya.

Aunque tú probablemente tuviste una bicicleta y luego un primer coche y yo tuve un camello, *Kelgi*, al que quería mucho y al que podía hacer correr muy rápido. A veces, en las noches frías, se metía en la cabaña y a todos nos parecía bien.

Aunque nosotros, los zaghawa no somos árabes, muchos árabes nómadas vivían cerca de nosotros y formaron parte de mi infancia como amigos. Mi padre me llevaba a los festejos que celebraban en sus tiendas y ellos venían a los nuestros.

Dar significa tierra. Los *fur* son tribus establecidas más al sur, y que en su mayoría se dedican a la agricultura. Uno de los líderes *fur* fue el rey de toda la región a principios del siglo XVI. El nombre de la región se remonta a aquella época.

Como quizá sepas, recientemente han matado a cientos de miles de personas de mi pueblo. Otros dos millones y medio llevan ahora una vida difícil en campos de refugiados o en lugares ocultos y solitarios en valles del desierto. Explicaré por qué sucede esto. Si deseas más detalles, he incluido una explicación más amplia al final del libro.

En cuanto al futuro, el único modo de que el mundo pueda decir no a futuros genocidios es asegurarse de que las gentes de Darfur vuelvan a sus hogares y reciban protección. Si el mundo permite que el pueblo de Darfur sea desplazado para siempre de su tierra y que desaparezca su modo de vida, entonces el genocidio volverá a repetirse en alguna otra parte, porque se verá como algo que puede llevarse a cabo. Y esto no se debe permitir. El pueblo de Darfur necesita volver a casa ahora.

Escribo esto para ellos, y para ese día. Y, en particular, para una mujer y sus tres hijos que están en el cielo. Y para un hombre, en particular, y su hija que están en el cielo. Y para mi propio padre y mis hermanos que están en el cielo. Y para los que siguen vivos y que quizá todavía puedan tener una vida hermosa en la tierra.

También escribo para las mujeres y las niñas de Darfur. Habéis visto sus caras y sus cabezas cubiertas con chales de bellos colores y sabéis algo de sus sufrimientos, pero no son lo que pensáis. Aun-

que han sufrido, son más heroínas que víctimas. Mi tía Joyar, por ejemplo, fue una guerrera famosa que, disfrazada de varón, peleó contra los ladrones de camellos y los ejércitos árabes, compitió contra hombres en torneos de lucha y siempre ganó. Se negó a casarse hasta cumplidos los cuarenta. Le dedico esta narración a ella y a las niñas de mi pueblo, que eran más rápidas y más fuertes que los chicos, en nuestros rudos juegos de la infancia. Se lo dedico a mi madre, que, cuando era joven, impidió que un grupo de leones atacaran nuestro ganado y nuestras ovejas en el monte, durante un largo día, una noche entera y toda la mañana siguiente, usando sólo el poder de su voz y el golpeteo de dos palos. El poder de su voz es algo que conozco muy bien.

Cerca de mi pueblo hay una bella montaña a la que siempre hemos llamado el Pueblo de Dios. Aunque la religión musulmana se practica por toda nuestra región, tanto por africanos autóctonos como yo, como por nómadas árabes, también es cierto que nuestro pueblo, en especial los jóvenes, siempre ha subido a esta montaña para dejar ofrendas en los pequeños agujeros de las rocas. Carne, mijo o flores silvestres se depositan en estos agujeros, junto con cartas a Dios, dándole las gracias o pidiéndole algún favor. Estas ofrendas y notas ya se dejaban allí mucho antes de que las nuevas religiones llegaran a nosotros. Puede que, en una carta, un hombre o una mujer jóvenes pidan que otro joven sea elegido para ser su pareja. También puede ser una carta en la que se ruega que el abuelo se cure de la enfermedad que le aqueja, que la estación de las lluvias sea buena o que una boda sea bella y el matrimonio tenga éxito. Puede pedir, sencillamente, que el año próximo sea bueno para todos los que viven en la aldea al pie de la montaña. Así pues, Dios, ahora estoy allí arriba, en mi corazón, y pongo este libro en tu montaña como ofrenda a ti. Y te glorifico en todos tus nombres y glorifico a nuestra antigua Madre de la Tierra y a todos los profetas y hombres y mujeres sabios, y a los espíritus del cielo y de la tierra que puedan ayudarnos ahora, en este momento de necesidad.

Y para ti, mi amigo, mi lector, te agradezco mucho que emprendas este viaje. Es una historia dura, sin duda, pero hay muchas partes que creo que te sorprenderán y harán que te sientas feliz de haberme acompañado.

Este relato se basa en mis recuerdos de un tiempo de grandes dificultades y confusión. Me he esforzado al máximo para capturar los detalles de mis experiencias, y para anotarlas aquí de forma fidedigna y hasta donde mi memoria me lo permite. Estoy muy agradecido con todas aquellas personas que me ayudaron a no dispersarme y que, alguna que otra vez, rectificaron los datos en mi poder. Por supuesto, dos observadores distintos no ven un mismo acontecimiento de la misma forma, y sé que otros tendrán sus propios relatos que contar. Sin duda, la suma de relatos colectivos enriquecerá la verdad sobre la tragedia de Darfur.

1.

Una llamada desde la carretera

Estoy seguro de que sabes lo importante que puede ser tener buena cobertura de una señal telefónica. Estábamos cruzando a toda velocidad el ardiente desierto africano en un Land Cruiser lleno de arañazos y barro, que una semana antes era mucho más blanco. Nuestro conductor, un miembro de una de las tribus de Darfur, como yo, torcía a derecha e izquierda por entre los arbustos de acacia (espinillo blanco), cambiando las marchas con pericia en los lechos secos de un número interminable de barrancos, que nosotros llamamos *wadís*. El vehículo volaba por encima de los baches del terreno; en la zona que transitábamos no hay ninguna carretera digna de ese nombre. En el asiento de atrás, un joven reportero y realizador de Gran Bretaña, llamado Philip Cox, se sujetaba como podía cuando dábamos botes y nuestras provisiones iban de un lado para otro golpeando contra la carrocería con un ruido metálico. Veterano de los desiertos, Philip estaba de buen humor, incluso después de una larga semana de viajar entre el polvo, y de muchas entrevistas emocionalmente difíciles. Los supervivientes nos hablaron de pueblos rodeados durante la noche por hombres con antorchas y metralletas, del asesinato de hombres, mujeres y niños, de la quema de personas vivas dentro de las cabañas de paja de Darfur. Nos hablaron de las violaciones y mutilaciones de mu-

chachas, la ejecución a machetazos de muchachos, a veces ochenta a la vez, colocados en una larga fila.

No es posible ser humano y permanecer indiferente; sin embargo, si tu tarea es que el mundo conozca estas historias, sigues adelante. Y eso es lo que hicimos.

Como traductor y guía de Philip, mi trabajo era mantenernos con vida. Varias veces cada hora, llamaba a los comandantes militares de los grupos rebeldes o del Ejército Nacional de Chad para preguntar si debíamos seguir un camino u otro, para evitar vernos en medio de enfrentamientos armados y otros problemas. Mi enorme lista de números de teléfono era la razón de que muchos reporteros confiaran en mí para que los llevara al interior de Darfur. No sé cómo Philip consiguió el número de mi móvil; tal vez mediante la Embajada estadounidense o el Departamento de Estado norteamericano o quizá se lo proporcionaron en la Embajada británica o en el Alto Comisionado de las Naciones Unidas para los Refugiados (ACNUR), o en una de las organizaciones de ayuda o en un grupo de la resistencia. Parecía como si ahora todo el mundo tuviera el número de mi móvil. Sin duda, no lo consiguió del Gobierno sudanés, cuyos soldados me matarían si me pillaban ayudando a entrar a un reportero en el país.

A menudo, estas llamadas telefónicas por satélite —y con frecuencia las realizadas desde mi teléfono móvil— las hacía a comandantes que me decían: «No, moriréis si venís aquí, porque hoy estamos luchando contra éstos o aquéllos». Entonces, buscábamos otro camino.

Si uno de los grupos rebeldes se entera de que has estado llamando a otro grupo, puede pensar que eres un espía, aunque sólo lo hagas por el periodista y por la historia; a los rebeldes no les das nada a cambio. Tenía que extremar las precauciones si quería sacar a mis reporteros de Darfur con vida, y que así salieran más historias al exterior. Desde el ataque contra mi aldea, ésa era mi razón, realmente mi única razón, de vivir. Me sentía muerto en mi interior y sólo quería que los días que me quedaban contaran para algo. Es posible que hayas sentido lo mismo en algún momento. La ma-

yoría de hombres jóvenes con los que había crecido estaban muertos o luchando en la resistencia. Yo también había decidido arriesgarme, pero utilizaba mi inglés, en lugar de un arma.

Era preciso que llegáramos a nuestro destino antes de la puesta del sol o nos arriesgábamos a ser atacados por el Ejército sudanés, por los rebeldes de Darfur, afines al Gobierno, o por otros rebeldes que no supieran quiénes éramos y nos matarían sólo para no correr riesgos. Por esto no nos gustó lo que sucedió a continuación.

Nuestro Land Cruiser se vio bloqueado de repente por seis camionetas que salieron de entre los arbustos del desierto. También eran Land Cruiser, pero les habían cortado completamente el techo, para que los hombres pudieran subir y saltar fuera en un instante, como cuando había que huir de una batalla que se está perdiendo o abandonar el vehículo antes de que lo alcance el proyectil de un lanzagranadas. Ahora saltaron al suelo unos hombres polvorientos, armados con rifles Kaláshnikov. A una orden de su comandante, nos apuntaron con sus armas. Cuando tantas armas se amartillan al mismo tiempo, el ruido que hacen es memorable. Bajamos lentamente de nuestro vehículo con las manos en alto.

Estaba claro que estos hombres eran de las tropas rebeldes: no vestían uniforme, sino unos vaqueros sucios; llevaban las fajas de municiones cruzándoles el pecho; sus turbantes, enrollados con descuido —en realidad, eran pañuelos para la cabeza—, estaban apelmazados con el polvo de muchos días de lucha. Ningún médico viaja con estas tropas, que luchan casi cada día y entierran a sus amigos en tumbas excavadas de prisa y poco profundas. Emocionalmente, son muertos vivientes que cuentan su futuro en horas. Con frecuencia, esto hace que no tengan piedad alguna, como si pensarán que más vale que todo el mundo los acompañe a la otra vida. Muchos de ellos habían visto cómo asesinaban a sus familias e incendiaban sus aldeas. Es fácil imaginar cómo te sentirías si tu aldea natal fuera borrada del mapa y toda tu familia eliminada por un enemigo al que ahora buscas, recorriendo todo el país, para matarlo y poder morir en paz.

Entre los grupos rebeldes están el Sudan Liberation Movement (Movimiento de Liberación de Sudán), el Sudan Liberation Army (Ejército de Liberación de Sudán), el Justice and Equality Movement (Movimiento Justicia e Igualdad) y varios más. Hay otros grupos en Chad y cruzan las fronteras a placer. Con frecuencia, es un misterio de dónde sacan las armas y el dinero, pero Darfur se ha llenado de armas automáticas desde la época en que Libia atacó Chad y utilizó Darfur como zona de estacionamiento. Tampoco hay que perder de vista que Sudán es aliado de grupos islamistas radicales y, en otro orden de cosas, permite que China explote la mayor parte de su petróleo. Así pues, se cree que determinados intereses occidentales y algunos países de la zona apoyan a los grupos rebeldes. Es triste ver cómo sufre la gente normal cuando se libran estas partidas de ajedrez.

Casi la mitad de África son tierras de pastoreo de los pueblos que crían ganado y gran parte de estas tierras albergan grandes riquezas en el subsuelo y mucha gente pobre encima. Se trata de personas que están entre los trescientos millones de africanos que ganan menos de un dólar al día y a las que, con frecuencia, se aparta para que no estorben o se mata por cosas como el petróleo, el agua, los minerales y los diamantes. Esto hace que surjan con mucha facilidad grupos rebeldes. Probablemente, los hombres que nos detuvieron no necesitaron hacerse de rogar para unirse al grupo.

El joven comandante de aspecto cansado se me acercó y me dijo en lengua zaghawa: «Daoud Ibarahaem Hari, lo sabemos todo de ti. Eres un espía. Sé que eres zaghawa, como nosotros, no árabe, pero por desgracia tenemos órdenes y tenemos que matarte».

Le resultó fácil saber que yo era zaghawa por las pequeñas cicatrices, que parecen signos de interrogación, y que me grabó mi abuela en las sienes cuando era pequeño. Le dije que sí, que era zaghawa, pero no era un espía.

El comandante suspiró con tristeza y luego apoyó el cañón de su rifle M-14 en una de esas cicatrices de mi cabeza. Me pidió que

no me moviera y le ordenó a Philip que se apartara. Dedicó unos momentos a decirle a Philip, en inglés chapurreado, que no se preocupara, que lo enviarían de vuelta a Chad después de matarme.

—Sí, bien, sólo un segundo —respondió Philip, levantando la mano para detener aquel asunto inevitable por un momento, mientras me consultaba—. ¿Qué está pasando?

—Crean que soy un espía y el comandante me disparará, lo cual hará que me estalle la cabeza; por eso tienes que apartarte.

—¿Quiénes son? —me preguntó Philip.

Le dije el nombre del grupo, señalando con cuidado hacia uno de los vehículos que llevaba sus iniciales pintadas a mano en un lado.

Miró hacia la camioneta y luego bajó las manos y las apoyó en las caderas. Tenía el aspecto que tienen los británicos cuando se sienten importunados por alguna molestia innecesaria. Philip llevaba un turbante bien enrollado; tenía la piel bronceada y un poco agrietada por sus muchas aventuras en estos desiertos. No iba a quedarse de brazos cruzados y perder a un buen traductor.

—¡Espere un momento! —le dijo al comandante rebelde—. No... dispare... contra... este... hombre. No es un espía. Este hombre es mi traductor y su nombre es Suleyman Abakar Moussa, de Chad. Tiene sus papeles. (Philip pensaba que ése era mi nombre. Yo lo estaba usando para evitar que me deportaran de Chad y me enviaran a una muerte segura en Sudán, donde me buscaban, o que, de lo contrario, me obligaran a permanecer en un campo de refugiados en Chad, donde apenas podría ser útil.)

»Yo he contratado a este hombre para venir aquí; no es un espía. Estamos haciendo una película para la televisión británica. ¿Lo entiende? Es absolutamente esencial que lo entienda. —Me pidió que tradujera, sólo para estar seguro, lo cual, en mis circunstancias, me alegré de hacer.

Más que las palabras, fue la actitud de Philip lo que hizo vacilar al comandante. Vi cómo su dedo acariciaba el gatillo. Notaba el cañón del arma caliente contra la sien. ¿La había disparado hacía

poco o sólo estaba caliente por el sol? Decidí que, si éstos iban a ser mis últimos pensamientos, debía intentar pensar en algo mejor. Así que pensé en mi familia, en lo mucho que los quería y en lo pronto que vería a mis hermanos.

—Voy a hacer una llamada telefónica —explicó Philip, sacando muy despacio su teléfono vía satélite del bolsillo de sus pantalones—. No matará a este hombre, porque su comandante le hablará por este teléfono dentro de un momento... ¿Lo entiende? —Consultó un número en su pequeño cuaderno de notas. Era el número personal del comandante supremo del grupo rebelde. Lo había entrevistado el año anterior.

»Su jefe supremo —les dijo a todos los hombres armados que permanecían como un pelotón de fusilamiento a nuestro alrededor, mientras esperaban que respondieran a la llamada—. El jefe supremo. Estoy llamando a su número personal. Ya suena. Suena y suena.

Dios es bondadoso. El teléfono vía satélite recibía una señal fuerte. El número todavía funcionaba. El lejano comandante contestó su propio teléfono. Recordaba a Philip con afecto. Un milagro tras otro.

Philip habló por teléfono rápidamente en inglés y yo traduje en voz baja para el hombre que sostenía el arma.

Philip levantó un dedo mientras hablaba, rogando con ese dedo y con sus ojos que le concedieran un momento más, un momento más. Se rió para mostrar que él y el hombre con el que hablaba eran viejos amigos.

—Son viejos amigos —traduje.

Luego Philip le tendió el teléfono al comandante, que apretó el cañón de su arma con más fuerza todavía contra mi cabeza.

—Por favor, hable con él ahora. Por favor. Dice que debe hablar con él, que es una orden.

El comandante vaciló como si se tratara de algún truco, pero finalmente cogió el teléfono. Los dos comandantes hablaron largo rato. Yo veía cómo el dedo en el gatillo subía y bajaba como una co-

bra y luego se apartaba definitivamente. Nos dieron órdenes de abandonar el país de inmediato.

Que no te maten es una buena cosa. Te hace sonreír una y otra vez como un estúpido, sin poderte contener, durante horas. Asombroso. No me habían matado de un tiro. *Humdallah. Hermanos míos, tendréis que esperarme un poco más.*

Nuestro conductor había permanecido con los ojos abiertos como platos durante toda esta escena, porque los conductores no suelen acabar bien en este tipo de situación. Había alegría y risas en el Land Cruiser mientras volvíamos a toda velocidad hacia la ciudad de Tine —que vosotros llamáis «Tina»—, en la frontera con Chad.

—Lo que has hecho ha sido asombroso —le dije a Philip. Pasamos junto a unos cuantos árboles más antes de que contestara.

—Asombroso, sí. En realidad, llevo semanas intentando ponerme en contacto con él —respondió—. La verdad es que ha sido una suerte.

El conductor, que casi no hablaba inglés, me preguntó qué había dicho Philip. Le contesté que había dicho «Dios es bondadoso», porque eso era, realmente, lo que yo creo que dijo.